

Volare, Volare, Oh, Oh, Ooooh.

El campo está cada vez más lejos y lo verde empieza donde da la vuelta el viento. Los escolares van en autocar al colegio y en los colegios ya no hay espacios libres para recreos salvajes. Está prohibido jugar como no sea en el salón de casa con los videojuegos reunidos de Atari. El espacio urbano está ocupado al completo por las hamburgueserías y los buildings de los ministerios, de las compañías de seguros y los pirulís. El país no puede permitirse el lujo inflacionario de guardar un hueco para los chavales. Que se entretengan con el ordenador personal y desfoguen la vitalidad leyendo las aventuras de Sandokán. No hay que hacer mucho caso de las piernal son sólo un vestigio residual de una especie mutante. Dejaremos de ser bípedos implumes y hay que ayudar a la aceleración del proceso evolutivo y quemar etapas para colonizar el espacio abierto que todavía queda entre los rascacielos. Si los escolares supieran volar podrían jugar a la cadeneta entre dos aires. Esto de la trigonometría no está mal, tampoco el tachírtachín de los timbales, pero la asignatura de vuelo debería ya formar parte de cualquier plan de estudios de EGB.

Lo de volar no es cosa de hoy. Icaro pertenece a la mitología. Y Pegaso, el caballo alado. Y Clavi-leño, el caballo de madera que llevó por los aires a nuestro eterno manchego. Luego, más tarde, vinieron aquellos saltatorres y pioneros del aeroplano que se lanzaban en artilugios aliformes de tafetán desde la torre de una iglesia para aplastarse gloriosa y olímpicamente contra el suelo.

Pero se conoce que se trataba de inventar el avión, como ingenuamente creyeron los hermanos Wilbur y Orville Wright. Hoy el avión hace ya tiempo que está inventado y, sin embargo, el hombre está más necesitado que nunca de volar. El cielo ya no es el habitáculo inviolable de los dioses, sino un espacio que debe ser colonizado por los juegos de los niños. Supermán es un ejemplo. En su comedia *Las aves*, Aristófanes construye una ciudad en los aires para interceptar la influencia de las divinidades sobre la ciudad terrestre y destruir así el poder omnipotente de los dioses. Se podría, tal vez, imaginar ahora un mito moderno en el que el ángel caído, considerando que ya ha purgado con creces su pecado después de penar miles de años pegado a la tierra, recupera sus alas y vuela hacia la libertad.

Mitos aparte, el deseo del hombre de volar no parece más justificado que nunca en la hora presente. Acosado por las máquinas, agobiado por la falta de espacio a ras de tierra, el hombre se ve cada día con más dificultad para utilizar sus órganos normales de locomoción: las piernas. Día tras día se le empuja, se le pisa, se le derriba... En momentos determinados se le obliga a estar parado, otras veces ha de cruzar la calle haciendo filigranas o dando saltitos y ha de soportar sin alterarse, como si fuera la cosa más natural del mundo, que se le acote el terreno por el que puede trasladarse, reduciéndoselo a un par de metros de acera. Llegadas las cosas a estos extremos el hombre comprende que ya no le queda más remedio que una solución: volar. Volar... Pero, ¿cómo?

No estaría de más echar un vistazo allí, a las tinieblas de la Prehistoria. El estudio de la evolución de las especies puede darnos la solución. Cuando el pez salió del agua y empezó a reptar se le atrofiaron las aletas y las escamas. El reptil comenzó a trepar por los árboles y a andar y se le fueron desarrollando las extremidades hasta convertirse en verdaderas manos y verdaderos pies. Los órganos fueron adaptándose a las nuevas necesidades. Pues bien, convencidos ya de que la Tierra se está haciendo inhabitable, o al menos incaminable, el hombre debe empezar a tomar sus medidas y a prepararse a volar. ¿Cómo? Pues tratando de transformar gradualmente la especie humana para que, poco a poco, nos vayan

saliendo alas. Hay que empezar por el principio, lo primero será no enseñarle al niño a andar. Así se le irán atrofiando poco a poco las piernecitas, que, total, para lo que le iban a servir... Segundo: Dejar que se caigan alegremente de la cuna. Fomentar estas caídas. Completar este entrenamiento lanzándolos de vez en cuando por las ventanas de un tercer piso. Se producirán, qué duda cabe, algunos accidentes irreparables, que engrosarán a mayor gloria del progreso el nomenclátor de los excelsos mártires de la conquista del aire. ¡Ah, el gran orgullo de unir a la lista de los Lilienthal, Herring, Maloney o el propio (caro el nombre del pequeño retoño que se estrelló contra el ensolado por el celo progresista de sus bienintencionados progenitores. Así se escribe la Historia. Porque al cabo de unas generaciones, qué duda cabe, el proceso estará consumado. Los niños vendrán al mundo previstos de unas alas deliciosas. Y podrán, al fin, disponer de espacio sobrado para jugar a guardias y ladrones por sobre los tejados y las avenidas. Drácula, Superman y el Hombre Araña serán sus iguales y los trinos machacones e impertinentes de los pajarillos emigrarán, para gozo de los pacientes urbanícolas, a los médanos de Barquisimeto o a las desiertas playas de Tananarivo.